

por piafante tronco se detuvo a la puerta del caserón colonial y se llevó a Sofía.

Desde entonces la familia del malogrado ministro en proyecto fué el más suculento platillo de conversación en la vecindad. Se calculaba la fortuna del yerno; se contaban historias; se decían maledicencias. Y todas las mañanas, cuando la cojita, que era muy devota, atravesaba el patio, de vuelta de misa, solían interrogarse sus vecinos con los ojos, como diciéndose: —«¡Y estos, cuándo cambiarán de pelaje?»

No en otra cosa pensaba doña Eduvigis. Para ella, el matrimonio de Sofía constituyó el puerto de salvación. No veía la hora de hacer a un lado el engorro de las comisiones de alhajas y apartar a Rosa María de su rudo trabajo, para consagrarse a subsistir de sus rentas... o de las de don Miguel, que era lo mismo. Aguardaba con ansia el retorno de los recién casados, y justamente aquella mañana, no bien entró la cojita, de regreso de la parroquia, le dijo muerta de gusto:

—¿Sabes? Me ha escrito Miguel... (Era la primera vez que le llamaba así, Miguel, a secas.) Dice que están muy contentos. Te manda recuerdos... ¡Sólo que qué escaso de palabras es el yerno! ¡Jesús! ¡Jesús!... Toma. Entérate —agregó, tendiéndole la misiva.

En el desayuno estaban cuando apareció doña Cuca, la madre de Sixto Beltrán. Era una señora chiquitina, arrugadita como pasa, muy habladora, y con unos ojos desteñidos que tenían, sin embargo, cierto mirar ingenuo y bondadoso.

No quiso sentarse. De pie junto a la mesa, dióse a su charloteo habitual:

—Le traigo buenas noticias, Eduvigis. Acabo de recibir carta de mis parientes de allá... («Allá» era Lagos, donde la excelente señora

había nacido.) Dicen que los pichones están encantados, y que les han hecho mil fiestas.

Doña Eduvigis se puso como unas pascuas. La regocijaba pensar que su Sofía estaría dando el tono en aquel poblacho. ¡Valiente ocurrencia de Miguel la de ir a sepultarse allí con la muchacha! ¡Con mayor razón, habiendo fiestas y estando México que no había por dónde cogerlo de luces y músicas!

A fuer de buena provinciana, a doña Cuca no le gustó el desdén de la corredora para con su terruño. Objetó algo, dobló en seguida la hoja, y hubo de enzarzarse en los cien y un vericuetos que le brindaba su verbosidad incansable. A pregunta de doña Eduvigis respondió que ignoraba cuándo volverían los cónyuges. Y ya iba a marcharse cuando Rosa María, tímida, preguntó:

—Dígame, doña Cuca: ¿vendrá Sixto hoy?

—Supongo que sí, «mialma»; pues ¿cuándo ha dejado de venir?

—Lo decía yo porque... como es 16 de Septiembre...

—¿Y qué? Ya lo sabes: para él todos los días son iguales. Hasta los domingos trabaja el pobrecito de mi alma. ¡Bien haya su padre, que me lo educó así, tan laborioso y tan hombre de orden!

Mientras se entretenía su madre despidiendo a la matinal visitante, inició Rosa María los trajines de casa. No era ésta muy dilatada que digamos: el comedor, la sala, dos «recámaras», la cocina; todo modesto, casi pobre, y pare usted de contar. —Pecaba de injusta doña Eduvigis: la cojita, a pesar de su pierna muerta, era tan trabajadora y útil, que ya quisieran las sanas y fuertes asemejársele. Escoba en mano iba y venía, dándose maña con su muleta para que no la estorbese, en tanto que dejaba el

suelo de ladrillos rojos limpio como patena—. Su vida era así; siempre había sido así. Dos años menor que Sofía, apenas si conoció los almibares de la bonanza oficinesca. Contaba ocho cuando, a consecuencias de una caída, jugueteando, un tumor en la rodilla le inutilizó la pierna derecha. —«¡Quién te lo manda, por «brincona»!— habíale dicho doña Eduvigis al resultar ociosa la operación que se realizó para curarla. Su padre pagó y calló. Pero no olvidaría ella nunca el sentimiento de tristeza con que desde entonces la contemplara aquel hombre dulce, silencioso, encorvado, mal vestido, de quien la viuda suponía ahora que hubiese llegado a ministro.

En cuanto pasó la adolescencia, hubo de resignarse Rosa María con su desgracia. ¡Qué distinta era de la muchacha traviesa y saltarina de antaño! Su cara, ya de suyo fina, se adelgazó más. Cobraron insólita luz de bondad las pupilas grises. Su boca siguió siendo de niña por la inacabable sonrisa simple. No abandonó la costumbre de peinar la abundosa cabellera rubia en dos gruesas trenzas que caían como lingotes de oro sobre las enclenques espaldas. En sus mejillas conservaba el color místico de las rosas. No era bonita; pero ni tampoco fea. Su gracia discreta le impedía caer en la mexicanísima designación de «güera desabrida». Contaba veinte años y parecía tener dieciséis.

¡Y qué transformación por dentro, mucho más singular que la exterior! El desdén que rodeó a su juventud, en contraste con la adoración que suscitaba en derredor la espléndida de Sofía; la ninguna esperanza que acerca de su porvenir parecía tener su madre; la encubierta lástima que provocaba dondequiera que fuese, bien pronto la hicieron pensar que pertenecía a una casta social diferente de la que

encerraba a los suyos. Su vida no podía ser la de los que tienen sus miembros completos. Menester era encaminarla por senda diversa. Y no se sublevó. No protestó. A medida de su resignación le iba brotando del fondo del alma un luminoso sentimiento místico que la transfiguraba. Sin desentenderse de las faenas domésticas; sin que dejara de la mano el oficio de «florista de mentirijillas» que ayudaba al común sustento, frecuentó los templos, aficionóse a las lecturas devotas, meditó en lo pasajero de los goces del mundo, mientras que sus dedos piadosos de hada hacían surgir de un pedazo de lienzo un pétalo y de copia de pétalos una corola.

—¡Mamá! ¡Mamá! —dijo, cuando bien peinada y arregladita tomó asiento ante la mesa de trabajo, a un lado de la ventana que tenía vistas al patio—. Quiero terminar cuanto antes las violetas de Sofía. ¡Figúrate que el día menos pensado la tenemos aquí, y se encuentra el jarrón sin flores! ¿Qué diría la pobrecita, con el genio que tiene? ¡De floja no me bajaba un dedo!

—Bueno, sí, date prisa. Yo, entretanto, voy a ver qué pasa con el brazaletes de la señora Güemes. ¡Hacerme dar tantas vueltas por cien pesos de más o de menos!

Y doña Eduvigis, que ya traía puesto el chal, se marchó a la calle, no sin antes ultimar con la cocinera la frugal pitanza de mediodía.

IV

Al contrario de las abejas, que extraen la vida de las flores con la miel sabrosa, a las flo-

res daba vida Rosa María. Pero, como las abejas, era obstinada. Sus manos largas, blancas, de transparencia de hostias, no descansaban en tanto que no veía ante ella, sobre su regazo, sobre la mesa, sobre las sillas, haces de flores, muchas flores, una invasión de pétalos. Entonces estaba contenta; daba gracias a Dios, y, desparezándose, lanzaba un suspiro de alivio...

Aquella tarde, poco después de las cinco, terminó su labor. Las violetas de Sofía habían resultado preciosas: unas violetas grandes, de largos tallos, de color fresco y viviente. Gana daba de acercarlas a la nariz, ni más ni menos que si alguien las hubiese cortado en algún lindo prado. Mirábalas, la cojita, orgullosa. Pensaba en lo mucho que lucirían en la sala de su hermana.

Por algunos momentos quedó extática; movimiento muy común en ella. Sus pupilas grises, como su pensamiento, se perdían a ratos en vagas lontananzas que ni su dueña misma lograría definir. Hizo un gracioso dengue, como si dijera: «¡Qué loca soy!» — Y procedió luego a poner orden en el revoltillo de pequeñas tenazas, rollos de alambre, tijeras, papel de colores y trozos de lienzo que se advertía sobre de la mesita ante la cual se hallaba sentada.

Estaba sola en casa. Doña Eduvigis, no bien se levantó de la mesa, largóse a la calle en pos de sus negocios. La criada, por ser día de fiesta, había pedido licencia para salir. Por lo demás, la cojita solía estar así: era el único espíritu habitador constante de aquella morada. El mundo se reducía para ella al estrecho recinto de su alcoba, de aquella alcoba de virgen humilde, cuyo menaje lo componían tan sólo la estrecha cama de hierro; el «buró», sobre del cual veíanse libros de devoción, una «polca» de cristal y un candelero; dos sillas de «tule»,

limpísimas, aunque viejas, y una no menos antigua «cómoda». A la cabecera del lecho estaba una estampa del Sagrado Corazón; sobre de la «cómoda», un cuadro de la Dolorosa, ante el que eternamente ardía una lamparilla de aceite y despedían fragantes aromas dos «jarrones» de flores. Las paredes eran toscas y blancas; el centenario techo, de vigas carcomidas.

En tal estancia habían pasado los años de adolescencia y juventud de Rosa María. Allí soñaba; allí se sucedían, uno a uno, sus perennes soliloquios; allí sus manos laboriosas ganaban el pan, creando jardines ideales cuyas galas iban a parar en el mundo lejano...

Hacía semanas que Rosa María andaba inquieta. ¿Deberíase esto a que el programa casi monástico de su existencia se había alterado? — Posiblemente, sí. Entre las cosas que en la tierra le estaban vedadas, según su pensar y la valiosa opinión de su madre, se encontraba una, la principal acaso: amar. Ella no podría querer a ningún hombre; ningún hombre la querría. Las mujeres baldadas para bien poco sirven; ningún mozo que se estime, acepta el sacrificio de elegirías. Para ellas están cerrados los balcones, que en noches de luna son relicarios de amor; cerrado también el hogar, adonde un marido vuelve por las tardes, agobiado de fatiga, y bajo la mirada vigilante de la esposa busca las tiernas caricias de los niños. Sufrir, trabajar, esperar, hasta que el alma deje la imperfecta envoltura y ascienda a los reinos de Dios, donde se desconocen las miserias humanas: tal es su destino...

Pero he aquí que la cojita, conforme con él, había sentido que la rodeaba una ternura varonil y piadosa. Unos ojos se habían clavado con insistencia en sus ojos. Frescas flores — ¡a ella que las daba y jamás las recibía! — habían

llegado a sus manos, para pasar diligentes al improvisado altarillo de la Dolorosa... —Por eso, en la mañana, tímidamente, preguntó: —«¿Vendrá?» —Por eso también, ahora, sin rubor, se interrogaba, ansiosa: «¿Por qué tardará en venir?»

Sonaron tres leves golpes en la ventana, y a través de los cristales, conteniendo un grito, Rosa María columbró la silueta de Sixto Beltrán, en el crepúsculo.

—Sola... solita... como siempre... —murmuró él, por decir algo, cuando se hubieron sentado a uno y otro lado de la mesa de trabajo, poco antes en desorden.

Depositó sobre de ésta el libro que traía consigo; el que de días atrás venían leyendo ambos: una edición ilustrada de *Las mil y una noches*. Guardó por un rato silencio. Fijó luego los ojos en Rosa María. Y bajándolos con invencible timidez, empezó a hilvanar una charla baladí, que a nada podía conducirlos, ya que su pensamiento andaba a mil leguas de los varios asuntos de ella.

Cuando Sixto Beltrán miraba a Rosa María, la cojita tenía la sensación de encontrarse delante de un hombre bueno. Los demás la hacían bajar los ojos. Sixto hubiera podido hipnotizarla. —Y era que la impresión de bondad espontáneamente se desprendía de aquel muchachote cuadrado, de anchas espaldas, medio trigueño de faz, de una seriedad que frecuentemente alteraba ingenua sonrisa. Fácilmente se advertía en Beltrán al provinciano que no ha soltado aún la cáscara en años de vida metropolitana. Se sonrojaba por cualquier cosa. Un cumplido le hacía tartamudear. Y era de ver cómo, al hablar, no cesaba de estrujarse las solapas del saco, un verdadero chaquetón de casimir burdo, comprado en las tiendas de

ropa hecha, el cual corría parejas con la corbata —de colores chillantes ordinariamente y anudada a salga como saliere— y con los zapatos, invariablemente cubiertos de polvo.

No paraba mientes Rosa María en el poco aliño de la cara de su cortejador, donde no faltaba uno que otro barro, y que muy de vez en cuando entraba en tratos con el barbero. Aquella dejadez le placía. Le placía tanto como la palabra y el modo de proceder de Sixto: llanos y sin trastienda; como su vida, limpia y buenota.

—Me da muchísima pena, Sixto —dijo la cojita, mintiendo a pesar de lo santucha que era y aprovechando una pausa de su interlocutor—, que haya venido usted hoy a hacerme compañía...

—¿Por qué? —preguntó Beltrán, lleno de sorpresa.

—¿Cómo por qué? ¡Pues qué, ¿no sabe que hoy es 16 de Septiembre, la fiesta nacional?

—Para mí todos los días son lo mismo, Rosa María. ¿Y quiere que le diga una cosa? En estos en que hay mucha gente en la calle, y mucho ruido, y muchos gritos, y automóviles por aquí y tambores por allá, me siento aturrullado, ¡qué caray!... No se ría, que le estoy diciendo la puritita verdad. Prefiero quedarme en casa.

La cojita reía, en efecto. Como mujer, no estaba exenta de coquetería: una malicia retozábale en aquel instante por la cabeza; y la soltó:

—¡Mentiroso! ¡Como si yo no supiera que ahora es día en que los novios pasean con sus novias; y que la de usted ha de querer lo mismo, y ha de estar rabiando al saber que está usted aquí metido.

Decirle a Sixto que tenía novia era poco menos que acusarlo de algún delito. Las solapas corrían entonces grave riesgo de quedar

convertidas en arameles, y el hombre no sabía dónde esconder el rostro de pura vergüenza. —Y así sucedió, no bien Rosa María hubo hablado. Sixto se puso encendido. Pero lo singular fué que también a la doncella, azorada de lo que había dicho, se le llenó la cara de rubor.

—Hace usted mal —tartamudeó él, muy serio, al cabo de un rato—en decirme eso... ¡Si usted supiera, Rosa María; si usted supiera!

Secreto temblor se apoderó de la cojita al escuchar tales palabras. —¿Sería, pues, verdad? ¿Había llegado el momento? —Y la sobrecogieron el miedo y la alegría. Hubiera deseado que hablase, y, al propio tiempo, que dejara de hablar. —Los envolvía en aquella sazón la luz serenamente gris del atardecer. Flotaba el misterio en la estancia quieta. —Rosa María extrajo un diminuto pañuelo de la manga de su blusa, y, quedamente, se sonó.

Pero la cojita se había equivocado: Sixto Beltrán no añadió más. En aquel «¡si usted supiera!» se le había ido el alma; y en cuanto lo pronunció, no le quedaron fuerzas para articular palabra.

—¿Quiere usted que continuemos la historia de Simbad? —consultó Rosa María, tras de larguísima pausa.

—¡Si viera que no tengo ganas de leer ahorral ¡Qué!, ¿no le parece mejor que charlemos? Es tan bonito platicar así...

Y evocaron la historia de su amistad. Se habían conocido cuando los Beltranes, procedentes de Lagos, vinieron a instalarse en la vivienda de enfrente, hacía cinco años. El padre de Sixto, don Eduardo, era cajero en la casa Bringas; y desde luego, valiéndose de su añeja amistad con don Miguel, quiso que su hijo, mozalbete entonces de dieciocho abriles, ingresara

en la propia negociación. —¡Y a fe que no anduvo desacertado el buen señor! Tres años después, en el invierno de 1908, entregaba el alma a causa de una pulmonía fulminante, y quedaba Sixto como sostén único del hogar.

De dicha época databa la intimidad entre las dos familias. ¡Qué delicadas atenciones se cambiaron! Las Lavines iban y venían a casa de los Beltranes; consolaban a la viuda; prodigaban tierna solicitud al huérfano. ¡Y el caso fué que, a la vuelta de pocos meses, unos y otros se miraban como si hiciese años que se hubieran conocido!

¿Cómo nació la simpatía espiritual, profunda, entre el provinciano y la cojita? Sixto entraba en casa de doña Eduvigis como si fuera de la familia. A Sofía le chocaba terriblemente, y bien pronto le tildó con el mote, harto expresivo, y mexicano por añadidura, de *el Espinilludo*. Y por hacer mofa de Rosa María, en cuanto veía que el mancebo asomaba la cabeza, gritaba a su hermana: —«¡Anda, monjita, allí está tu San Pascual Bailón!»

—¡Qué hermoso es recordar los viejos cariños, Rosa María! —observó Beltrán—. Usted ha sido para mí algo más que una amiga, algo más que una hermana... ¡Si usted supiera!

Ya casi reinaba obscuridad en la habitación. Más allá de la ventana, los tiestos colocados sobre el barandal del pasillo apenas insinuaban su forma, en la noche. La cojita sentíase como arrullada por el manso hablar de Sixto. Algo muy húmedo y tibio le subía a los ojos. —Llegaba el instante beato; en la sombra, ella no podía advertir el nervioso movimiento de las solapas estrujadas, que se agitaban como las alas de un ave poseída de espanto.

—Voy a encender luz; que estamos en tinieblas... —dijo Rosa María.

Se apoyó en la mesa, para levantarse. Mas no lo hizo. Emocionada, sintió que una mano cogía la suya; en tanto que una voz, desfallecida, balbuceaba:

—¿Para qué?

V

Jorge Bazán suspiró, henchido de leticia, al sentir su cuerpo acariciado por la tibia dulzura del agua. Recostóse en el fondo de la tina, no conservando fuera de la aromatizada linfa—que burbujeaba y despedía suave emanación de violetas—más que la punta de los pies y el rostro beatífico, sobre cuya frente, desmesurada por prematura aunque ligera calvicie, desparramábase, en desordenados rizos, el rubio pelo mojado, y cuyos labios ocultaba el bigote, en aquella sazón alicaído, inelegante, lacio.

La jornada de la noche anterior había sido de las que merecen perpetuarse con lápida blanca. Quisieron los jóvenes del Protocolo despedir a sus amigos, los secretarios y agregados de las embajadas especiales en las fiestas del Centenario, con una muy sonada, de la que les fuera dable tener perenne memoria. ¡Y sonada fué! ¡Y mexicana, además! Cena en Sylvain; ríos de champaña; peregrinación más tarde por el paraíso de las daifas, y regocijada batida, al amanecer, por el centro de la ciudad, en los carros lecheros... —¡La facha que tenía el de Alemania, gordo y coloradote, a horcajadas sobre la mula fiaca que tiraba de un carro-mato! ¡La alegría del francés, arrebatando las riendas al auriga de otro carricoche, y lanzan-

do éste, con la velocidad de un 40 H. P., entre hurras entusiastas, por las solitarias avenidas! —Sonaban las seis en la Catedral, cuando los honorables diplomáticos, de frac y todo, entraron en el callejón de la Alcaicería, a instancias de sus colegas mexicanos, para reparar quebrantos con el platillo nacional de los juerquistas: la humeante y substanciosa «pancita», servida en burdos platos de Guanajuato por una figonera mugrienta.

Jorge volvió, terminada la frasca, a su casa de la calle de Medellín, por el filo de las siete. Durmió con sueño obstinado y brutal. Al despertar su criado, a las once, sentía las sienes atenceadas, y aturdimiento y laxitud enormes. Por ello es que, ahora, el amoroso contacto del agua le reconfortaba como halago maternal.

—¡Córcholis! —dijo, chupándose una punta del bigote—. ¡Córcholis! ¡La has corrido buena, Jorgito!

En su regalada vida de soltero, a falta de mujer que le mimase, solía prodigarse cariñosos diminutivos en los momentos de bienestar físico. Contaba veintinueve años. Gozaba de mediana renta, que le permitía ir tirando, a falta de buenos rendimientos que hasta entonces no le produjo su profesión de abogado. Estaba a sus anchas en la vida, con un pasado cómodo y agradable; vuelto el rostro al porvenir, que si hasta hoy no le sonrió, él esperaba fundadamente que le sonriese. —¡Pues qué!, ¿el porvenir debería permanecer eternamente cerrado para el hijo de don Indalecio Bazán, el jurisconsulto insigne, amigo de don José María Iglesias, ministro de Justicia más tarde en el Gabinete de don Porfirio Díaz, Gran Cruz de Isabel la Católica, caballero de la Legión de Honor, embajador en Washington y senador

perpetuo más tarde, al caer en desgracia? —Si Jorge Bazán, guapo, elegante, inteligente y distinguidísimo, como era, no llegaba a trepar a las altas cumbres del presupuesto, ¿quién treparía?

Regodeándose en el baño lo pensaba. ¡Había sido tanta la estimación con que le honraron los embajadores, y tan importante el papel que desempeñó, sobresaliendo a ojos vistas de sus compañeros del Protocolo! Casi, casi, se daba por reconciliado con don Porfirio, quien se dignó proteger al hijo de su antiguo ministro —el sospechoso liberal, compañero de Iglesias—, brindándole oportunidad de que hiciese gala de sus arrestos. Algo era algo, para él que después de haber hecho una carrera, a su juicio brillante, tuvo que ingresar como «barrilete» en un gran despacho de los que medraban a la sombra dictatorial, del cual salió a la vuelta de tres años, sin un peso, triste, desengañado y abominando de la profesión que en mala hora eligió, mientras sus amigos de infancia se pavoneaban en las curules de la Cámara de Diputados o metían la mano hasta el codo en los negocios pingües.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué vidita la mía! Pero ya se compone, ya... —suspiró, medio adormecido por la tibieza del agua.

De pronto, a lo lejos, campanilleó el teléfono.

—¿A quién diablos se le ocurrirá, a estas horas? ¡Y ese Ochoa, que no va a ver! —Y el joven abogado dióse a gritar en seguida, con voz que en el registro alto era por extremo ladina: —¡Ochoa! ¡Ochooooo!

La puerta del cuartito de baño se entreabrió a poco, dando paso a la faz considerablemente risible del interpelado. Era ésta casi negra, enjuta, con la boca medio torcida, y los pequeñí-

simos ojos perdidos en una pelambreira de cejas, tanto o más hirsuta que el pelo de la cabeza, el cual culminaba en un mechón que obscurecía la frente asaz estrecha del fámul.

—Es la niña Julia la que habla —articuló tímidamente, como si fueran a pegarle. —Le dije que estaba usted en el baño, y me dijo que más tarde hablaría...

—Bien, Ochoa... A ver, abra más las maderas de la ventana. ¡Córcholis, qué tarde es ya! —exclamó, al inundarse la estancia con la luz matinal, que se filtraba por los apagados cristales. —Ahora déme esas toallas que están allí, en la silla; destape el frasco de Colonia... ¡Pronto, hombre, pronto, que voy a acatarrarme! —agregaba el señorito, con la mitad de su cuerpo blanquísimo, esbelto y velludo, fuera del agua.

Cuando, de batín azul, bien rasurado, bien peinado, fresco, con los gentiles bigotes blondos erguidos en punta, «a la káiser», se sentó a la mesa y Ochoa se puso a servirle el desayuno —delicado, frugal, compuesto de café y bizcochos, amén de un par de huevos y fre-sas—, reparó en una carta que junto del «bottellón» estaba. Cogiéndola, sonriente, preguntó a Ochoa, quien, respetuoso, se mantenía a distancia, con una servilleta en el brazo:

—¿Cuándo la trajeron?

—Hoy por la mañana, señor.

Era de su hermana Laura, la cual, desde que se casó, vivía en una hacienda de Michoacán, con su marido. Bebiendo lentamente a sorbos su café y untando de vez en vez con mantequilla los trocitos de pan, hubo de leerla. A mil leguas se advertía que le causaba profunda satisfacción.

—¡Caramba, otro nene! —se dijo—. ¡Cero y

van tres! Cuando yo aseguro que esos ranche-
ros tienen algo de Netzahualcōyotl...

La misiva de su hermana le recordaba tiem-
pos idos y dichosos: su niñez y su primera ju-
ventud. Dos años hacía que no la viese. ¡Y
cómo le probaba el campo! ¡Qué colorada y
buena moza estaría! —La evocaba con ternu-
ra. Había sido para él una madre en el caserón
que habitaron en la calle de Donceles, cuando
papá quedó viudo. Le regañaba por sus calaver-
radas. Con mimos y besos sacaba del bolsillo
paterno el dinero que a él le hacía falta. ¡Y
todo para desposarse, apenas un año después
de muerto el juriconsulto, en graves momen-
tos en que la casa se venía abajo, en razón de
las deudas que éste dejó, y él se encontraba
solo, con un título del que no sabía qué hacer,
y la medianísima renta que pudo deducirse,
luego de condonar hipotecas y deshacer el em-
brollo de deudas del ilustre hombre público!—
Un fresco soplo fraternal, venido de muy lejos,
oreó la frente de Jorge al terminar éste la lec-
tura de la epístola.

Despachando estaba el último bocado, cuan-
do volvió a repiquetear el teléfono.

Presuroso, se dirigió al despacho,

—Bueno; ¿con quién hablo?

—¡Con quién ha de ser, flojo, con quién! A
ver... adivina...

—Linda... ¡Muy buenos días!

—Conque... bañándose a las once... ¡Muy bo-
nito! Has de haber tenido anoche un trabajo
atroz.

—Atroz, sí... ¡Figúrate! Estoy preparando un
memorial para la Secretaría de Hacienda.

—Así me gusta; que trabajes... ¡Ay! Pero no
te fatigues tanto... Yo temo por tu salud.

—¡Pierde cuidado, niña! Tu amor me da la
vida.

—¡Embustero!

—¡Preciosa!

—Bueno; pues te hablaba para decirte que
papá y Sofía llegan hoy. Aquí estamos muy
atareadas con los preparativos del recibimien-
to, y quiero que vengás a cenar con nosotros...
¿Vendrás?

Embarazó un tanto a Jorge la respuesta. Re-
cordaba que esa noche los jóvenes diplomá-
ticos extranjeros corresponderían a la comilo-
na de la víspera. Como tardara en responder,
la voz insistió:

—¿Vendrás?

—Sí, Julia.

—Entonces, gracias, y adiós. No te digo más
porque tengo una porción de cosas que hacer.

—¡Adiós, pedazo de cielo!

Colgó la bocina con un gesto de placidez.
Después de las tormentosas horas pasadas, no
bien sedante bienestar ganaba sus miembros
entecos, aquella voz honesta y dulcísima era
como frígida ducha que tiemplan y rejuvenece.—
¡Bah! No concurriría a la cena; o acaso llegara
retardado... El amor tiene deberes.

Paseó una mirada por la estancia. Era ésta
diminuta, graciosa. Un balcón tenía, desde el
cual se columbraban los jardinillos verde-
güeantes, las caprichosas construcciones de la
Colonia Roma. A lo lejos distinguíase la Plaza
de Miravalle, anchurosa, aristocrática, con el
chorro cristalino de su fuente, que se alzaba
como irisado penacho en la espléndida mañana
de octubre.

No sabía qué hacer Jorge. Arrimóse a la es-
tantería que, en el fondo, en ordenadas ringle-
ras, contenía los libros amontonados por él en
el curso de su vida loca. Hójeó algunos; acari-
ció, tan sólo, el lomo de los más. Buscaba una
lectura complicada, sentimental, en tono con